

«¡Seremos antiestoicos!»: naturalismo ilustrado y sabiduría del goce. Julian Offray de la Mettrie (1709-1751)

Autoría: Iván de los Ríos Gutiérrez

Afiliación: Profesor Contratado Doctor Permanente de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid; Subdirector del Departamento de Filosofía; Coordinador del Máster en Crítica y Argumentación Filosófica

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Filosofía	97-110	TDL-83-2024-097-110

TIPO DOCUMENTAL

Estudio de filosofía moderna

RESUMEN DOCUMENTAL

Estudio del naturalismo de Julian Offray de la Mettrie y de su defensa del cuerpo, el placer y la sensibilidad frente a la tradición estoica. Iván de los Ríos Gutiérrez conecta la crítica nietzscheana a Séneca con la filosofía materialista e ilustrada de La Mettrie y analiza una ética del goce basada en la aceptación de la naturaleza corporal del ser humano. El texto contrapone esa sabiduría vital a modelos ascéticos de dominio de las pasiones.

PALABRAS CLAVE

La Mettrie · estoicismo · naturalismo · Ilustración · placer · Nietzsche · filosofía moderna

CITA BIBLIOGRÁFICA

Iván de los Ríos Gutiérrez. ««¡Seremos antiestoicos!»: naturalismo ilustrado y sabiduría del goce. Julian Offray de la Mettrie (1709-1751)». Torre de los Lujanes, n.º 83, 2024, pp. 97-110. ISSN 1136-4343.

“¡Seremos antiestoicos!”: naturalismo ilustrado y sabiduría del goce Julian Offray de la Mettrie (1709-1751)

Por

Dr. Iván de

los Ríos Gutiérrez

Profesor Contratado

Doctor Permanente

de Filosofía (UAM

Madrid)

Subdirector del Depar-

tamento de Filosofía

de la Universidad

Autónoma de Madrid

Coordinador del

Máster en Crítica y

Argumentación Filo-

sófica (MCAF UAM)

ivan.delosrios@uam.es

1.

En uno de los capítulos del *Crepúsculo de los ídolos*, Nietzsche enumera una serie de pensadores de todos los tiempos que le resultan completamente insoportables: “mis imposibles” (*meine Unmöglichkeiten*).³⁵ El primero de ellos no es otro que Lucio Anneo Séneca, a quien Nietzsche denomina “el torero de la virtud”, un maestro de la “fuga mundi” entre cuyos títulos más excelsos encontramos *De vita beata* (Sobre la vida feliz). El texto reúne algunos de los presupuestos de la filosofía estoica. En particular, una defensa del carácter inmutable de los bienes verdaderos y de la dicha que se desprende de

³⁵ Nietzsche, F., *El crepúsculo de los ídolos*, trad. de A. Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 2002, p. 91.

ellos, así como una invitación a la criba racional entre los bienes aparentes y los verdaderos. Entre los bienes aparentes, Séneca subraya los ligados a la primacía del cuerpo. En efecto, si existe un terreno en el que el ser humano sucumba una y otra vez al hechizo de lo falso, ese terreno es, sin duda, el de las pasiones ligadas a la corporalidad.. Y es por ello, sin duda, que la felicidad se define por oposición a las delicias fugaces del tiempo, la carne y el movimiento:

“Comprendes, aunque no lo añada, que el resultado es la perpetua tranquilidad, la libertad, una vez expulsadas las cosas que nos irritan o nos aterran; pues en lugar de los placeres y de aquellas cosas que son mezquinas y frágiles, y sometidas a los más deshonestos crímenes, inquebrantable y constante, al tiempo que la paz y la armonía del alma, y la magnanimidad acompañada de la mansedumbre; pues la fiereza proviene, toda, de la debilidad”³⁶

Esta es, quizás, la definición de la vida buena que condujo a Nietzsche a despreciar a Séneca. Pero lo cierto es que no fue el único. En su vilipendio, el filólogo alemán fue precedido por muchos pensadores ilustres. En el presente texto, prestaremos atención a uno de ellos: Julian O. de la Mettrie, médico y filósofo francés del siglo XVIII que firmó un escrito titulado *Anti-Séneca* cuya impronta anima estas páginas: “Seremos antiestoicos”³⁷

³⁶ Séneca, *Sobre la vida feliz* 3, 4-5, trad. de F. Navarro Antolín, Alianza, Madrid, 2022, p. 357.

³⁷ La Mettrie, Julian O., “Contra Séneca o la auténtica felicidad”, en: VV. AA., *El combate por la felicidad*, trad. de T. Lanero Ladrón de Guevara, Errata Naturae, Madrid, 2018, pp. 91-205.

2.

Imaginemos un combate pugilístico entre Lucio Anneo Séneca (4 a.C. - 65 d.C.) y Julian Offray de la Mettrie (1709-1751). En la esquina derecha y con veintiún siglos de peso, el filósofo adorado por María Zambrano; el imbatible de las letras, las ciencias y la práctica política que fue empujado al suicidio por los caprichos de Nerón y que, antes de morir en su propia casa bajo la mirada de los esbirros, escribió algunas de las obras más bellas del estoicismo imperial³⁸. Un animal completo y ejemplar que insiste en el aprendizaje de la virtud moral y en la identificación del bien supremo para el hombre con el ajuste cotidiano y razonado de sus acciones a la Naturaleza. En la esquina opuesta y con peluca, un médico francés que escribe sus principales obras en la Europa de la primera mitad del siglo XVIII y que ha sido vilipendiado e ignorado a partes iguales por sus contemporáneos y por la tradición historiográfica de los dos últimos siglos (con la excepción de Friedrich Lange en su *Historia del Materialismo*). Un médico expulsado de Francia por haber convertido en estandarte de la Ilustración un materialismo lúcido que conduce necesariamente a ese hedonismo sereno y reivindicador de la alegría que, desde antiguo, se alza contra el oscurantismo metafísico en todas sus formas.

En principio, ambos pensadores comparten muchas cosas tanto en el terreno estrictamente moral de la reflexión teórica como desde el punto de vista de una cosmovisión marcada por el predominio corpuscular de la materia y sus cristalizaciones. Los dos creen, en efecto, que la felicidad es el objetivo último del género humano; que el saber, en general, y la filosofía y la medicina, en particular, son instrumentos al servicio de la felicidad y que la educación es el

³⁸ Para una descripción de la muerte de Séneca, véase *Annales* 15, 60-64 de Tácito.

único modo de eludir las formas de servidumbre que nos asedian. Por si fuera poco, los dos parecen sentir predilección por la metafórica del camino: la existencia es un sendero engañoso por el que es necesario transitar con paso firme, un paraje oscuro y lúgubre que atravesamos «como entre tinieblas» (dice Séneca en *De vita beata*)³⁹ en busca de la felicidad «como un loco que persigue moscas o mariposas» (dice La Mettrie)⁴⁰. Los dos están convencidos, además, de que la única posibilidad de eludir la confusión y no precipitarse en el abismo del error es ejercitar la razón, que siempre es una buena guía cuando sigue a la naturaleza⁴¹, dice Séneca, y nos permite «ver más lejos que nuestros ojos», confirma La Mettrie⁴². Y lo que ve la razón cuando se ajusta al curso de lo real no es sino una totalidad dinámica elementos corpusculares que, en diversos grados de densidad, se relacionan entre sí según leyes mecánicas inteligibles matemáticamente. En otras palabras: no hay más que cuerpos. No hay más que un plano material de realidad inmanente a cuya operatividad primordial pueden ser reducidas todas las cosas, incluso aquellas que consideramos espirituales, anímicas e inmateriales.

Hasta aquí, las propuestas de ambos pensadores parecen bien emparejadas: dos médicos del alma que apuestan por las luces de la razón contra toda forma de servidumbre, autoengaño y superstición; dos fisiólogos que desprecian todo trascendentalismo platonizante y afirman que existe un único plano de realidad inmanente, material y corporal. Siendo tales las coincidencias, ¿cómo explicar que, entre sus múltiples obras, La Mettrie incluyera un texto titulado *Contra Séneca o Anti-Séneca*, concebido como prólogo a su

³⁹ Séneca, *Sobre la vida feliz*, op. cit., p. 355.

⁴⁰ La Mettrie, op. cit., p. 75.

⁴¹ Séneca, op. cit., p. 354.

⁴² La Mettrie, op. cit., 75. Compárese con este pasaje de Séneca: «Tratándose del hombre, no me fío de mis ojos; tengo una luz mejor y más certera para discernir lo verdadero de lo falso: la bondad del alma, que el alma la encuentre», *Sobre la vida feliz*, op. cit., p. 354.

propia traducción del *De vita beata*? En efecto, la obra del francés incluye algunos de los títulos más representativos del materialismo dieciochesco⁴³ y en ellos, sin excepción, encontramos una aplicación ágil y descarnada del *naturalismo procedimental*, ese método filosófico-crítico empleado con precisión quirúrgica por Hume y por Nietzsche. Quizá siga siendo esta la razón del descrédito pasado, presente y futuro de La Mettrie: un naturalista en serio; un naturalista feroz; un pensador sin complejos que, al igual que Séneca, se propone enarbolar la potencia de la razón y conducirla de acuerdo con la naturaleza, pero con una ligerísima diferencia: si la razón es la luz, la llama y el fuego que ilumina nuestro camino hacia la felicidad y la verdad, entonces: “la experiencia y la observación portan la antorcha. Si esta alumbra, si nos permite ver más lejos que nuestros ojos, podremos caminar con paso firme por este camino equívoco, por este laberinto tortuoso, dédalo humano que tiene mil avenidas y mil puertas de acceso, pero apenas una salida. Tendremos la posibilidad de orientarnos siempre y de alzar una parte de nuestra felicidad sobre los despojos de los prejuicios”⁴⁴.

Naturalismo feroz, digo, porque se apunta en estas líneas que las posibilidades de la verdad dependen de la experiencia y observación empírica y que, por tanto, la filosofía debe operar *en perfecta solución de continuidad con la investigación experimental en el orden de las ciencias puras y de las no tan puras*.

En esta línea, el filósofo francés J.M. Schaeffer ha definido el naturalismo en términos que aquí nos interesan:

“El naturalismo equivale a sostener que el estudio del hombre no puede ser sino el estudio de una forma de vida biológica. De esto se

⁴³ Entre los más destacados encontramos *Historia natural del alma* (1745), *El hombre máquina* (1748), *El hombre planta* (1748), *El arte de gozar* (1750), *Sistema de Epicuro* (1751) y *El discurso sobre la felicidad o Contra Séneca* (1748).

⁴⁴ La Mettrie, *Contra Séneca*, op. cit., p. 75.

desprende una coerción epistémica mínima para toda atribución de una propiedad al hombre: debe ser compatible con el hecho de que el ser a quien se concede esta propiedad es un ser biológico. Es “naturalista” todo estudio del hombre compatible con esta coerción”⁴⁵

El naturalismo procedimental y el materialismo permiten rechazar cualquier sustantivación de la naturaleza como una entidad oculta, autónoma e invisible más allá de las manifestaciones naturales mismas, así como cualquier posición metafísica y teológica basada en la lógica de los opuestos, es decir, en el defecto hereditario de los filósofos denunciado por Nietzsche al comienzo de *Humano, demasiado humano*, que consiste, básicamente, en postular para las cosas valoradas como superiores un *origen* milagroso, que derivaría directamente del núcleo y la esencia de la “cosa en sí”. Frente a esa filosofía metafísica, Nietzsche reivindica la “*filosofía histórica, que ya no debe pensarse en absoluto separada de la ciencia natural, el más joven de todos los métodos filosóficos, ha ido constatando en los casos particulares* (y presumiblemente ésta será su conclusión en todos ellos) *que no existen opuestos*, salvo en la habitual exageración de la concepción popular o metafísica”⁴⁶

No existe una jerarquía estática con niveles superiores e inferiores separados, además, por una brecha ontológica entre mente y cuerpo). Tampoco existen *la* Naturaleza, *el* hombre o *el* cuerpo: existen entidades y procesos naturales en un marco global e inmanente de interdependencia; existe un dinamismo unificado (consciente e inconsciente) y cuerpos singulares sometidos a leyes estrictamente mecánicas ajenas a toda forma de planificación providencial, de

⁴⁵ Schaeffer, J.M., *El fin de la excepción humana*, trad. de V. Goldstein, FCE, Buenos Aires, 2009, p. 293.

⁴⁶ Nietzsche, F., *Humano, demasiado humano*, en: *Obras completas* vol. III, Tecnos, Madrid, 2014, p. 75.

creacionismo o de teleología universal. Aceptar estas fórmulas significa que toda teoría política y moral y, por tanto, toda hipótesis psicológica, epistemológica u ontológica que no sea justificada o apoyada por la ciencia natural en su estado de avance continuo se convierte, *ipso facto*, en ilusión y en superchería, la fuente de la que emana toda superstición y toda servidumbre.

Si lo que queremos es elevar nuestra felicidad sobre los despojos de los prejuicios, debemos, entonces, observar el ámbito de los procesos naturales y comprender su funcionamiento rechazando cualquier recurso a fundamentos metafísicos no demostrables o a presupuestos teóricos apriorísticamente aceptados. Esto implica, por lo pronto, despedirse del Alma, del Hacedor, del Destino y del Mundo, incluso, si por “mundo” entendemos el resultado de un acto creador sobrenatural, la concatenación providencialista de las causas y los efectos o una superficie inmensa sobre la que se inscribe y circula la eterna ley moral. Se entiende ahora porqué este «yunque del materialismo», como le llamara Lange, ha sido expulsado de su patria natal y de nuestras canónicas aulas universitarias: la aproximación naturalista y materialista al problema del hombre y del mundo elimina de raíz cualquier abismo ontológico entre el sujeto (cognoscente) y el objeto (conocido) y, lo que es más importante, cualquier grieta axiológica entre el animal y el hombre. Si la realidad es materia y si no existen más que cuerpos y relaciones mecánicas entre los mismos, entonces las diferencias propias de la vida orgánica son meramente graduales. La diferencia entre el hombre y el mono; la distancia entre el perro y la planta; la lejanía aparente entre el latir del corazón, los movimientos peristálticos y el rubor en las mejillas frente a un cuerpo desnudo se convierten en variaciones diversas sobre un mismo fondo material. Aquello que durante siglos ha constituido el auténtico bien del hombre, su tesoro máspreciado, el

pensamiento, el alma, la moral, el territorio inasible de lo espiritual se convierten, en clave naturalista, en un *fenómeno físico*: cuerpo que piensa, decide y valora sin dejar de verse sometido a las mismas leyes que rigen los pulmones, las vulvas y los estómagos.

La excepcionalidad del género humano se convierte, así, en una hipótesis descartable en el horizonte de la explicación científica y ese descarte, ese manotazo proverbial al fundamento de toda forma de dogmatismo, tiene, por supuesto, consecuencias devastadoras en el plano de la vida social y la ética individual. En efecto, desbancar al hombre de su pedestal metafísico, convertirlo en un organismo complejo dentro de una historia natural en cuyo interior no existen más que diferencias de grado y reconducir toda su actividad espiritual a un fenómeno físico, supone, por lo pronto, *desplazar el núcleo de sentido de la vida buena*. La felicidad ya no se identifica con la inteligencia, la virtud racional, el alma o el hallazgo intelectual de principio trascendental porque la naturaleza humana no están en absoluto gobernada por la razón o el espíritu. Si no hay más que cuerpos y los cuerpos son comprendidos como organismos dinámicos, el fundamento último de la felicidad no puede concebirse más que en el orden orgánico de la sensibilidad:

“Nuestros órganos son susceptibles de un sentimiento o de una modificación de la experiencia que nos agrada y nos hace amar la vida. Si la impresión de este sentimiento es breve, hablamos de placer; más larga, es la voluptuosidad; si resulta permanente, tenemos la felicidad. Siempre es la misma sensación, lo único que varía es su duración e intensidad”⁴⁷.

El agrado de lo que uno ama, el bienestar puro y sencillo de la buena disposición corporal se convierten, en La Mettrie, en criterio de acción por excelencia. El ser humano es un animal movido a la

⁴⁷ La Mettrie, *Contra Séneca*, op. cit., p. 61.

acción y aquello que nos pone en marcha es el impulso natural hacia la obtención de placer y el rechazo del dolor. Incluso aceptando la condición narrativa que nos caracteriza como animales temporales, la sede de la dicha y la pena seguirá siendo el horizonte de lo orgánico, pues el sufrimiento espiritual, el goce de la imaginación, la especulación metafísica o el mero recuerdo del pasado también son reconducibles a bases estrictamente fisiológicas. Si esto es así, entonces “todo lo que produce, mantiene, alimenta o excita el sentimiento innato del bienestar se convierte en causa de la felicidad”⁴⁸. La felicidad del ser humano, por tanto, es tan sencilla como pedestre. Una felicidad orgánica que el filósofo incluye “entre los efectos de la estructura del cuerpo humano”⁴⁹ y que depende de un placer que, a su vez, se metamorfosea cualitativamente: grosero o delicado, breve o durable, epidérmico o reflexivo, pues el goce de resolver una operación matemática o de traducir correctamente un verso de Virgilio es, en última instancia, tan corporal como el orgasmo, la caricia o los efectos del opio. Esto supone que la felicidad no conoce límites espirituales ni requisitos culturales. La felicidad se ofrece a todo tipo de individuo en la medida en que todos somos cuerpo naturalmente estructurado y sensible: ignorantes, pobres, sabios, ricos, buenos, malvados. Máquinas sublimes capaces de alcanzar percepciones dichosas independientemente de las circunstancias externas que los rodeen. Una verdad sencilla frente a la cual, escribe, “todas las demás son sólo *frivolidades* o divertimentos más o menos difíciles. En este sistema basado en la naturaleza y la razón, la felicidad será tanto para los ignorantes y los pobres como para los sabios y los ricos. Se dará en todos los estados y –algo que va a indignar a los espíritus prósperos- tanto en los malvados como en los buenos”⁵⁰.

⁴⁸ Ibid, p. 63.

⁴⁹ Ibid., p. 65.

⁵⁰ Ibid., p. 64.

Salvaje propuesta, la de este médico francés, que parece estar insinuando que el fundamento de la buena vida no reside en la educación, el saber o las atalayas científicas de la inteligencia. La vida feliz no depende de ajuste alguno a principios sobrenaturales (como los que rastrea toda forma de trascendentalismo) o de estrategias de distanciamiento y neutralización de nuestra condición animal (como las que promueve el inmanentismo ascético del sabio estoico). El fundamento de la moral es la naturaleza en su nivel más crudo y certero. Pero, atención, esa naturaleza debe ser filosóficamente despojada de los elementos teológicos que, a juicio del médico ilustrado, imperan desde antiguo en la tradición socrático-cristiana de Occidente y perviven en el deísmo francés del XVIII o en la obra del mismísimo Newton.

Parecía insensato confrontar a Séneca y a La Mettrie, pero no lo es en absoluto. Y no lo es por una razón simple, pero importante. La preponderancia que el concepto “naturaleza” adquiere en ambos pensadores no implica confluencia alguna en el fondo de sus propuestas. Como todas las escuelas helenísticas, el estoicismo del que bebe Séneca (trufado, por cierto, de epicureísmo, hasta el punto de que La Mettrie no duda en calificarlo de ecléctico, más que de estoico⁵¹) articula en torno a la noción de *physis* (*natura*) una propuesta global de sentido ético y metafísico. Pero, en sede helenística, esa noción es abordada en términos normativos y no meramente descriptivos: la naturaleza es la norma moral que debe guiar nuestra conducta y de acuerdo con la cual el individuo y la colectividad deben modelar su existencia. La virtud y el vicio tendrían, entonces, una raíz no ya convencional sino estrictamente a-histórica, divina y metafísica. De este modo, la ley moral estaría inscrita en la superficie misma de las cosas, grabada a fuego en ese

⁵¹ Ibid., p. 59.

animal inmenso, armónico y bien proporcionado que es el Cosmos desde, al menos, el *Timeo* de Platón. Es en este punto, precisamente, donde La Mettrie decide convertirse en un médico maldito y en un filósofo amoral, asocial y depravado: llevado hasta sus últimas consecuencias, el materialismo filosófico y su método de investigación natural conducen a una imagen del ser humano y de la sociedad radicalmente inaceptables para la mentalidad siempre cristiana de los ateos, creyentes y animales varios que pueblan el siglo europeo de las Luces. La mirada de La Mettrie vacía de sentido cualquiera de las múltiples formas adoptadas por la doctrina de la ley natural en la historia del pensamiento, desde la tradición estoica y la Patrística hasta las obras de Voltaire o de Montesquieu, que nunca renunciaron del todo a fundar sus sistemas socio-políticos en cierto sentido innato de la virtud inscrito en la naturaleza humana. Lo cierto es que, en su estado natural, los seres humanos no pueden ser distinguidos del resto de los animales. Su cuerpo es animal. Su comportamiento tiene causas fisiológicas y puede ser explicado por referencia a ellas y, si bien en una máquina tan sofisticada como la humana el instinto cede terreno a la inteligencia, su conducta depende directamente de la naturaleza de su constitución individual. Partiendo de esta base (que La Mettrie considera científicamente probada en su *Historia natural del alma*), el filósofo se aventura por la senda de la discusión moral tratando no sólo de responder a la pregunta senequiana por la felicidad, sino, ante todo, de plantear un desafío naturalista a la moral tradicional: si el estado natural de los animales humanos no es distinto del resto de los animales, entonces no parece legítimo atribuir la virtud o el vicio a ninguna de sus acciones. En otras palabras, las cualidades morales, el vicio y la virtud no son más que ficciones regulativas al servicio de la pervivencia del todo social:

“Es natural tratar la virtud como la verdad. Son criaturas que sólo valen en la medida en que son útiles, bien a quienes las poseen, bien a aquellos para los que se emplean”⁵². Es decir: “que el bien y el mal carecen de señas propias que los caractericen de un modo absoluto, y que sólo los intereses de la sociedad –una verdad que se inculca convenientemente- hacen que se diferencien uno de otro. Quiten este punto de apoyo y ¡adiós a la moral! Todo el edificio se derrumba, los vicios y las virtudes son absolutamente *indiscernibles*... Por tanto, la necesidad de relaciones en la vida ha propiciado el establecimiento de los vicios y virtudes, cuyo germen es, en consecuencia, de orden político. Este fundamento de la sociedad, a pesar de que sea pura imaginación, es tan sólido y necesario que el edificio, repito, no se sostendría sin él, se vendría abajo y se convertiría en ruinas”⁵³.

Uno parece estar escuchando a Hobbes y a Rousseau, pero mientras que Hobbes emplea una ficción instrumental para dar cuenta del Leviatán y Rousseau sostiene que la sociedad es una aberración histórica que atrofia el carácter del ser humano en su estado primigenio, La Mettrie diseña una genealogía naturalista que aspira a la defensa de la condición instrumental y arbitraria de los valores morales y, por tanto, del todo social: el origen del bien y del mal, así como del honor y la gloria o el oprobio, la ignominia y el remordimiento ligadas respectivamente a la virtud y al vicio, no es otro que el más antiguo deseo de todo imperio: perpetuarse. La sociedad quiere perpetuarse y sus normas no son más que una configuración regulativa de sentido incorporada a la naturaleza humana con el fin de garantizar su pervivencia en tanto que comunidad. La Mettrie se distancia, por tanto, de la perspectiva optimista del progreso que ve en la socialización el acicate indispensable para el

⁵² Ibid., p. 82.

⁵³ Ibid., p. 86.

crecimiento y culminación del género humano. No siendo la sociedad en sentido estricto parte de la naturaleza, el filósofo olvida la dialéctica entre el sujeto y la comunidad y centra todo su interés científico en el estudio del individuo. Y, una vez más, lo que allí se encuentra es un animal movido por la búsqueda de placer y el rechazo del dolor que se ve constreñido históricamente por convenciones que pretenden ser verdades absolutas; principios instrumentalmente necesarios para el buen funcionamiento de lo social, pero que en modo alguno representan valores supremos o delatan el carácter intrínsecamente bondadoso de los seres humanos. En ese salto ilegítimo entre la condición natural del organismo y la construcción ideológica de dispositivos para su domesticación y control, los poderes fantasmales del dogmatismo encuentran la plenitud de su fuerza: inundar las conciencias de remordimiento y esperanzas vanas, de remordimiento y temor, de remordimiento y desprecio por el sentido nietzscheano de la tierra.

La Mettrie escribe contra el estoicismo, pero, ante todo, contra cualquier paradigma teórico que propugne el alejamiento del propio cuerpo, de su dicha y sus desmanes, de su dolor y su aliento más íntimo. Al hacerlo, el francés nos alerta contra los mecanismos de servidumbre que la tradición y el constructo social imponen sobre el individuo con el fin de someterlo al terror espectral de los ídolos religiosos. Y, lo que es más importante: recupera para la filosofía, la medicina y el saber del hombre una pizca de humildad, un puñado de eroticidad y toneladas de alegría orgánica:

“poseer un alma fuerte y sana en un cuerpo débil y enfermo; no tener miedos ni temores; despojarse de toda inquietud; despreciar los placeres y la voluptuosidad; permitirse ciertos goces, como la riqueza siempre y cuando no se busquen tales complacencias; despreciar la vida misma; en fin, alcanzar la virtud por el conocimiento

de la verdad: en esto consiste el bien supremo de Séneca y de los estoicos en general, y la perfecta beatitud que lo acompaña. ¡Entonces seremos antiestoicos! Estos filósofos son tristes, severos, duros; nosotros seremos alegres, dulces, complacientes. Ellos, todo alma, hacen caso omiso del cuerpo; nosotros, todo cuerpo, haremos caso omiso del alma. Se muestran inaccesibles al placer y al dolor; nosotros nos vanagloriaremos de sentir tanto uno como el otro. Al desvivirse por lo sublime, se elevan sobre todos los acontecimientos y no se consideran de verdad hombres más que cuando dejan de serlo. Nosotros no dispondremos de lo que nos gobierna, no mandaremos sobre nuestras sensaciones: al aceptar su dominio y nuestra esclavitud, procuraremos que nos resulten agradables, convencidos de que es ahí donde reside la felicidad de la vida”⁵⁴.

¿Cómo vivir, entonces? ¿Cómo alcanzar la dicha? Dejémoslo ahí. La felicidad no es un dilema. La felicidad no se consigue: «quien ha hallado la felicidad no la ha buscado. No se busca lo que se tiene y, si no se tiene, jamás se tendrá... Séneca estuvo desafortunado al escribir sobre la felicidad. Es verdad que era estoico, una especie de leproso armado contra el placer de vivir. Creo que el fundador de esta escuela tuvo que ser un hipocondríaco»⁵⁵

⁵⁴ Ibid., p. 60.

⁵⁵ Ibid., p. 72.